

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



La que
odiaba a los
hombres

POE
Evelyn Brent
Larry Kent
Bryant Washburn

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

III

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BUSIAGNI

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Tel. 15331



La que odiaba a los hombres

Comedia moderna

Interpretada por

EVELYN BRENT, LARRY KENT

y BERT LYELL



EXCLUSIVA DE

Importaciones Cinematográficas, S. A.

Aragón, 252 — BARCELONA

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

La que odiaba a los hombres

(Argumento de la película)

En un gran establecimiento de modas prestaban sus servicios, en calidad de dependientas, dos simpáticas amigas: Juana Duncan, pequeña y llena de carnes, porque se tomaba la vida a chacota, y Dora Morton, esbelta y bellísima.

Ambas, por supuesto, eran jóvenes; y decimos por supuesto, porque en los grandes almacenes de venta al detall no acostumbran trabajar sino encantadoras muchachas, las cuales, además de trabajar, adornan el establecimiento.

Juana no estaba mal, ni mucho menos.

Era un tipo rechonchito, que invitaba a inquietarla; pero, a pesar de ello, no tenía novio. Sin embargo, no se desesperaba por tan poca cosa, bastándole, de momento, divertirse con sus amistades en bailes y reuniones, sin ataduras de corazón, libres todos como pájaros, viviendo esa vida moderna que consiste en no dar importancia a nada y en no dejar que el alma intervenga en nuestros actos, hasta que el alma ya no puede disimular más y se entrega el día menos pensado, venciendo entonces los amorales principios de la sociedad creada por las generaciones actuales.

Dora era, en eso de divertirse, mucho más seria que Juana. En efecto, casi nunca acompañaba a su amiga a las fiestas a que ésta acudía, y se quedaba en casa, leyendo o haciendo alguna labor para su empleo particular.

La ilusión de Dora era encontrar su ideal, un hombre moreno, de pelo negro y ojos soñadores, con labios bien trazados, para besarlos siempre, siempre, como lo hacía, a veces, en sueños, con incalculable placer, porque no hay nada mejor en el mundo

que los besos; y aunque no lo aparentaba, dondequiera que iba, en la calle y en todas partes, buscaba a ese hombre, descándolo, presintiéndolo cada día más.

Las dos empleadas de los almacenes de modas no ganaban un gran sueldo, pero como vivían juntas, podían pagar a medias una habitación bastante confortable, cocinando ellas mismas, dividiéndose el trabajo, cual dos hermanas de caracteres afines.

Un buen día, bueno fué, en verdad, como veremos, las dos amigas se dirigían al trabajo, de mañana, acariciadas por el sol que fulgía esplendente en su dorado sitial, cuando vieron cruzar la calzada, en dirección contraria a la de ellas, a un joven de distinguidas maneras, moreno, de pelo negro y... ¡ya está! ojos soñadores.

Dora guiñó un ojo a Juana, como diciéndole: "Fíjate en ese joven"; y Juana, correspondiendo al guiño, le musitó: "Chica, es tu hombre."

Dora estremeciéndose de felicidad, al ver avanzar hacia ella, casualmente, claro está, al joven en cuestión, y sin poderse conte-

ner, levantó sus ojos hasta los de él cuando le tuvo a escasa distancia.

El joven se desvió ligeramente, para dejar pasar a las dos amigas; pero había tenido tiempo de fijarse en Dora y, correspondiendo a la dulce mirada que ella le había dirigido, al parecer por puro azar, la envolvió en una cariñosa ojeada, y luego, sin poderlo remediar, aunque era muy enemigo de decir la menor palabra a las mujeres en la calle, murmuró:

—¡Benditos ojos que miran así a un pobrecito hombre como yo!

Y siguió su camino, pero con paso lento y volviéndose para seguir contemplando, aunque de espaldas, a Dora, cuyo tipo era... su tipo.

Juana tenía unos deseos terribles de volverse para comprobar si el joven se había detenido para observar a Dora hasta decidirse a seguirla, a fin de saber dónde trabajaba; pero Dora, asiéndola por un brazo, le dió a entender que no hiciera tal cosa, pues el joven podría pensar que lo estaban conquistando, y eso, aunque muy humano si el hombre gusta a la mujer y él no se atre-

ve a decirle nada a ésta, no está bien visto por el hombre, aunque él lo desee y diga lo contrario. Porque el hombre es orgulloso y no quiere ser conquistado, sino conquistar.

Pero quiso la fortuna, fortuna para Dora, que las dos amigas se hallasen detenidas en el bordillo de la acera, esperando el momento de cruzar el arroyo sin peligro, con permiso de Sus Majestades los Taxis.

Esa circunstancia permitió al joven el verlas un buen rato y, también, el que, interesado sobremanera por Dora, que le había mirado tan dulcemente, se decidiera a retroceder hacia ellas, simulando que tenía precisión de volver al sitio de donde procedía, por haberse dejado olvidado algo.

No vaciló. La muchacha valía la pena y no le importaba perder una hora o dos siguiéndola, sobre todo teniendo la esperanza de hacérsele agradable y...

¿Y qué?

El era libre; ella, a juzgar por la compañía que llevaba, no tenía novio, y, por lo tanto, siendo solteritos los dos y en estado de merecer, podían arreglarse, porque ni

ella ni él aspiraban a ingresar en un convento.

Dora no se volvió, contrariando su voluntad, que la inclinaba a torcer su empeño en no mirar al joven; pero, como lo deseaba, presintió que se le acercaba de nuevo, pero esta vez con otra intención, ya que la otra vez no tenía ninguna.

¿Qué le diría el joven? ¿Qué pretexto encontraría para dirigirle la palabra? ¡Oh! Alguna excusa hallaría. ¡Saben tanto los hombres!

Pero el galán parecía mudo y seguía a corta distancia a las dos jóvenes.

Estas, mirándose a hurtadillas, sonreían. La cosa iba por buen camino. El joven era tímido, pero el hecho de que las siguiese, era indicador de que se había enamorado.

Dora hubiese querido que fuese más temprano, para no tener que caminar tan de prisa, a fin de poder dar más tiempo al joven de vencer su timidez; pero era casi la hora de entrada al trabajo y no podía hacer tarde, pues en tal detalle puso siempre el mayor cuidado.

De modo que las dos amigas llegaron a

la puerta de las almacenes a la hora en punto, y antes de desaparecer hacia el interior de los mismos, miraron, como distraídamente, la calle, y Dora cruzó una rápida mirada con el joven, que se había detenido unos pasos más allá de la tienda.

El joven sintióse acometido del deseo de saludar a Dora, para demostrarle que estaba allí por ella; pero no se atrevió, y al ver que ella entraba en los almacenes, sintióse fuerte, cambiado, y extrañándole a él mismo su decisión, penetró en el establecimiento detrás de ella.

Nuevamente, Dora presintió la presencia del joven, y al ir a ladear ligeramente su cabeza, para cerciorarse de su presentimiento, el galán se azoró y dando una rápida media vuelta buscó la salida.

Y ya no le vió más Dora durante la mañana.

¿Le vió, pues, por la tarde?

No. A mediodía. A la hora de salida. No es aventurado asegurar que el joven la estuvo esperando desde la hora a que salía, para ir a comer, el primer turno.

Dora salió sola. Juana, empleada en la

misma sección, iba a comer con el primer turno, y le dejaba preparada la comida a Dora, para cuando ella fuera más tarde.

Una voz interior aseguraba a Dora que encontraría al joven cuando ella saliese, y su alegría fué inmensa al verle en espera. ¡Estaba enamorado! ¡Más que eso: loco perdido por ella!

La adorable doncella exhaló un suspiro, como significando a Dios, a quien se lo había pedido todas las noches, en sus rezos, que había sabido elegirle un buen novio, y encaminóse con pasos menuditos hacia su casa. A mediodía acostumbraba tomar el autómibus, pero aquel mediodía no lo hizo, para alargar el seguimiento del joven.

Pero éste la siguió tan mudo como por la mañana, y, disgustada, Dora llegó a preguntarse si el muchacho no tenía habla.

Acortó más y más su paso; pero, a pesar del tiempo invertido en llegar a su casa, lo hizo sin que el seguidor se hubiese determinado a abordarla.

Aquello no podía seguir. No estaba bien que perdiesen el tiempo de aquel modo, y como la mujer, cuando se propone una co-

sa, la consigue, Dora ideó el dejar caer una revista que llevaba debajo del brazo, fingiendo, siguiendo adelante, no haberse dado cuenta de ello.

Y la idea dió el resultado apetecido: el joven aprovechó la oportunidad, recogiendo la revista, de acercarse a Dora, y al hacerlo, descubrióse respetuosamente y le murmuró:

—Perdone mi atrevimiento en seguirla, pero...

—¿Me seguía usted?—dijo ella, haciéndose la ignorante.

—¿No se había dado cuenta?—inquirió él, sorprendido.

—No, no...

—¿No me recuerda de esta mañana? Yo fui quien...

—¡Ah! Sí... Ahora me acuerdo... Usted es el que se burló de mis ojos, ¿no?

—¿Burlarme? ¿Me cree usted capaz de ello?

—¡Como los hombres se burlan de todo!

—No lo crea usted, señorita. Yo...

—Usted, como los demás, sabe hablar mucho: pero sus palabras no cambian la

opinión que nosotras tenemos de ustedes.

—Me sería muy grato hablar a usted un poco de mí...

—¿Tiene usted cosas interesantes que contarme?

—Acaso sí, señorita...

—Si me promete usted que no me contará argumentos de película a lo Griffith, accedo a escucharle.

—¿Cuándo, señorita?

—Me llamo Dora Morton, para que lo sepa usted, y salgo a las siete de los almacenes. De modo...

—A las siete estará aguardándola Jaime Hayes, que soy yo.

—Hasta luego, pucs.

—Hasta siempre.

Dora tendió su mano a Jaime, y éste, antes de soltársela, se atrevió a decirle:

—Saldrá usted sola, ¿verdad?

—Acostumbro hacerlo con la amiga que me acompañaba esta mañana y con la que comparto mi habitación.

—Yo quisiera... hablarle a solas...

—¡Jesús! Estoy viendo que me va usted a contar un drama. Pero, en fin, que no se

diga que las mujeres somos poco cariñosas...

—¿Entonces...?

—Saldré sola.

—Gracias.

Y mientras Dora subía hacia su habitación canturreando un alegre cuplé, sin pensar en lo de prisa que debería comer para no llegar tarde a los almacenes, Jaime se alejaba con paso lento hacia... no sabía dónde, porque estaba tan enamorado, que no pensaba en comer.

Desde aquel día a las siete, Dora y Jaime se veían todos los días.

Juana no tenía celos de Jaime, por haberle privado de la compañía de Dora, y deseaba que ésta y aquél tomaran pronto el camino de la vicaría, que es el más seguro para no desviarse.

Jaime no había concretado aún su matrimonio con Dora, limitándose a repetirle continuamente que la quería con toda su alma y que tan pronto como él estuviera en

situación de hacerlo, le propondría dar el gran paso.

Dora se hacía respetar mucho, porque había oído decir muchas cosas a sus amigas, acerca de los hombres.

Y se había prometido no permitir la menor libertad a Jaime antes de ser su esposa. ¡Y eso que le amaba tanto!

Precisamente, a raíz de un intento de abrazo, Dora habíase puesto seria con Jaime, de unos días a aquella parte, y para hacer las paces, el joven no vaciló en entrar en el establecimiento, dispuesto a abordar a su novia en la sección de guantería, que era donde ella trabajaba.

Allí, pensaba Jaime, Dora no podría hacerle un papel, sobre todo si él se presentaba como comprador.

Dora estaba probando unos guantes a un caballero, cuando Jaime se le apareció, risueño, solicitando paz.

La osadía de su novio, yendo a hablarle a los almacenes, causó buena impresión en el ánimo de Dora. Ese atrevimiento equivalía a afán de reconciliación, significaba que nada en el mundo interesaba tanto a Jaime

como su amor. ¡Ah! ¡Cuán diferente era Jaime desde que tuteaba a Dora!

El gerente del establecimiento sorprendió la mímica a que se libraba Jaime con Dora, que no pudo menos de aceptar la paz que él le proponía, y se presentó ante ellos, viéndose obligado Jaime a fingir que iba a procurarse un par de guantes.

El cliente que estaba sirviendo Dora se marchó, y Jaime ocupó la silla que aquél dejó libre.

Simularon la venta de unos guantes, y así hablaron los novios:

—Perdonado, ¿eh, tesoro?

—Por esta vez, sí; pero ¡cuidado con reincidir!

—¡Me guardaré mucho, lucero!

—Me gustabas más cuando eras tan tímido.

—Que no se culpe a nadie más que a ti. ¡Te hicieron tan irresistible, cariño!

—Déjate de zalamerías, y ya estás tomando las de Villadiego, porque el gerente tiene más ojos que el Gruyere.

—¿Quieres venir a cenar conmigo para celebrar nuestra reconciliación?

—No. Yo no acepto cenas de nadie.

—Oye, es que yo no soy *nadie*, sino *todo* para ti.

—Por ahora, no. Más tarde, ya veremos.

—¿Es que aun pones en duda que estoy abrasándome en el ansia de hacerte pronto mi esposa?

—Por lo que pudiera ocurrir, ¿sabes?

—Eres muy mal pensada.

—Soy formalita, y eso, creo yo, ha de gustarte.

—Bueno, quedamos, pues, en que cenamos esta noche, ¿no es eso?

—Que no.

—¿Adónde quieres que te lleve? Quiero que comas bien, no vayas a creer también que soy un tacaño.

—Es inútil que porfíes, Jaime. Ya tengo cena en casa.

—Que se la coma Juana, porque, pobrecita, está que se cae de debilidad.

Dora, ganada por la simpatía de Jaime, se echó a reír, y él, aprovechando la ocasión, volvió a insistir:

—Entonces, de acuerdo; se lo dices a

Juana, y a las siete y media iré a recogerte a la puerta de tu casa.

—¿Qué hombre! — murmuró Dora, sin fuerzas ya para negarse a complacerle.

—¿Estarás lista a esa hora?

—Sí.

—¿El mundo es mío, amor!

El gerente no quitaba ojo de los dos jóvenes, y Jaime, aparentando que en la sección no había guantes de su gusto, se marchó, y al pasar por su lado estuvo tentado de decirle: "No ponga usted esa cara, tío feo."

Dora quedó como embohada contemplando a Jaime, y continuó en la misma posición hasta después de haberle visto desaparecer, como si siguiera viéndole.

Juana, que acababa de pasar un mal rato atendiendo a una cliente muy estúpida, se acercó a su amiga y le preguntó:

—¿Te han hipnotizado, rica, o has perdido el habla?

Dora reaccionó, y a la par que ponía en orden los guantes desparramados por el mostrador, repuso:

—Esta noche salgo por primera vez con Jaime.

—¿Por fin te decidiste?

—Ha sabido pedírmelo de un modo...

—Me lo imagino. ¡Y tú tenías tantas ganas de salir!...

—Ya sabes que no me gusta acostarme tarde.

—Pero, mujer, ¿vas a decirme que prefieres dormir a estar junto a tu novio? ¡Serías la primera!

—Sí, claro...

—Vercmos quién llega primero a casa esta noche.

—¿Has de salir?

—Voy a una gran fiesta.

—A ti te divierte demasiado jugar con fuego, y puede que algún día...

—Ríete de los peligros que corren las mujeres que van solas. Cuando la mujer no quiere... no hay de qué.

—A veces...

—Un tropezón, cualquiera lo da en la vida, lo mismo despierta que soñando. Lo que hay que procurar es no darlo.

Aquella tarde se hizo interminable para Dora. ¿Qué lejanas estaban las siete!

Juana la observaba maliciosamente y se reía de su impaciencia. ¡Pues no le había entrado poco fuerte el amor a Dora!

Dora y Jaime cenaron opíparamente.

Dora y Jaime se dijeron muchas ternuras.

Dora y Jaime se amaban con la invencible fuerza del primer amor.

Cuando se casaran, serían el matrimonio más envidiable del mundo.

Después de cenar, convinieron en ir al cine.

Luego, a medianoche, regresaron a casa.

Jaime acompañó a Dora hasta la puerta de la calle de su vivienda; pero, cuando llegó el momento de la despedida, no supo alejarse de ella.

—Nos hemos dicho tres veces adiós, Jaime—le indicó ella con una adorable sonrisa.

—Sí... ya lo sé... pero ¡me cuesta tanto marcharme!

—Supongo que no querrás que permanezcamos aquí toda la noche...

—Natural...

—Adiós, pues...



... convinieron en ir al cine.

—Hasta mañana, Dora. Descansa bien y piensa en mí.

—Haré las dos cosas, para no enojar a nadie.

—Adiós...

Dora subió la corta escalerilla que desde

la calle conducía a la puerta de la casa, y al ir a abrir, buscó la llave, encontrándose a faltar su cartera de mano, que era donde la tenía.

Jaime no se había movido de allí, contemplándola lleno de ella, y Dora le dijo, recordando habérsela dado:

—Tú tienes mi cartera, Jaime.

Jaime comprobó que la llevaba en un bolsillo y fué a devolvérsela, subiendo a su vez los escasos peldaños que conducían a la puerta central de la casa.

Y, como era de prever, se repitió la despedida:

—Adiós...

—Hasta mañana.

Dora abrió la puerta y desapareció hacia el interior de la escalera; pero Jaime, dándose cuenta de que llevaba en otro bolsillo los guantes de su amada, tuvo motivo para seguirla hasta la puerta de su pisito.

—Bueno, ahora márchate, Jaime. Supongo que no te queda ya nada más por devolvérme.

—Adiós, Dora, encanto mío...

—Adiós, Jaimito...

—¿No puedes abrir? Deja que lo haga yo...

Y Jaime abrió la puerta del piso, y, a pesar del gesto de retenerle de Dora, entró con ella en las habitaciones.

—Pero, Jaime... Eso no está bien...

Dora había dejado entornada la puerta, e indicaba a su novio que saliese del pisito, pero cuando Jaime iba a hacerlo, sintieron que se abría la puerta central y que un hombre subía la escalera gruñendo y con paso vacilante.

Dora se asustó, y empujando prestamente a Jaime dentro de la habitación, cerró la puerta del pisito, justificando así su extraña actitud:

—¡Si ese viejo borracho nos ve juntos, mañana lo sabe toda la vecindad!

Y aguardaron que pasara el peligro.

Durante la espera, Jaime, a quien Dora había abrazado inconscientemente al ponerse al acecho del borracho, estreñeciéndose de deseo al sentir el contacto de la amada, y, sin brusquedades, sino con mirada de imploración, acercó sus labios a los de ella, y Dora, que no supo explicarse qué le suce-

ría al sentirse estrechada entre los brazos de Jaime, se dejó besar y besó.

Después de la apasionada caricia, la primera que Dora recibía y daba, la honesta joven empujó a su novio hacia la puerta, para que se marchase, toda vez que el peligro había desaparecido ya.

Jaime accedió al deseo de Dora, pero, al estrechar su mano, en ademán de adiós, la volvió a mirar con ojos de pasión, y pretendió repetir el beso.

—Formalidad, Jaime, formalidad... Eso no está bien... no, no está bien...

—¡Te quiero tanto, Dora! ¡No puedo vivir sin ti!

Y Dora cedió, y Jaime depositó en sus labios, no un beso, sino mil besos.

—¡Dora! ¡Mi única amada! ¡Estoy loco!

—Vete ya, Jaime...

—¿Por qué, cielito? Yo he de casarme contigo. Me casaría en seguida, bien lo sabes; pero espero que mi situación sea más desahogada. La vida matrimonial acarrea muchos gastos... pero, si tú quisieras... ¡Te deseo tanto, Dora!

Y la estrechaba nerviosamente, murmu-

rando proposiciones vergonzosas, que pronunciaba dejándose llevar de su exaltación.

Dora quedó aterrada, pareciéndole mentira haber escuchado de labios de Jaime las infamantes palabras que éste acababa de pronunciar, y resurgiendo en ella la Dora de siempre, tan digna y tan severa en su juicio de los hombres, lo rechazó con repugnancia, exclamando:

—¿Cómo te atreves a hablarme así?

—Dora... no sé... Fué...

—¿Y tú me jurabas amor!

—Por favor, Dora, no te pongas así... Ha sido...

—¿No quiero verte más! ¡Has muerto para mí! ¡El hombre que habla como tú lo has hecho a la mujer que ama, es un miserable, la considera como una cualquiera!

—Lamento que no disculpes mi ceguera, Dora...

—¡Ya no puedo quererte! Tú no eres el Jaime que yo soñé. Tú eres como los otros. Pero, ¿para cuándo guardáis la dignidad los hombres?

—Déjame disculparme...

—No es preciso. Nunca te perdonaré el mal que me has hecho. ¡Vete!

La airada actitud de Dora indignó a Jaime. Era cierto que se había extralimitado



—¿Cómo te atreves a hablarme así?

con ella, pero, en parte, Dora tenía cierta culpa. ¿No se había dejado besar con ardor? ¿No comprendía que al ofrecerse a los besos, estimulaba la materia del hombre a la tentación, al apetito sensual?

Salió furioso de la casa, y al cerrar sobre

si la puerta de la calle tropezóse con Juana, que regresaba de la gran fiesta que habían dado unas amigas suyas y de la cual se había llevado un recuerdo, una muñeca de fantasía.

Juana se le quedó mirando, preguntándole qué había ocurrido entre él y Dora para notárselo tan intensa agitación, pero Jaime, encogiéndose de hombros, se alejó precipitadamente.

Dos potencias libraban ruda batalla en el pecho de Jaime: la vergüenza por haberse dejado dominar por la materia, o sea, la ofensa inferida a Dora; y la suposición de que Dora había sido la causa de tal dominación, puesto que parecía comulgar en sus mismos anhelos en los amorosos instantes de los besos en la boca encendida.

La culpa era de los dos. El hombre no ha de ser el único responsable, cuando la mujer ha incurrido asimismo en responsabilidad. Desde luego, él, Jaime, había abusado del momento de debilidad de Dora, pero el suyo fué también un momento de extravío.

¡Oh! ¡Era imposible que ella renunciase a creer en su amor!

Y este pensamiento le ponía furioso, que no hay nada peor para un hombre que el haber perdido la estimación de quien le amaba.

Juana entró en el pisito que compartía Dora, y halló a ésta tan furiosa como había visto desaparecer a Jaime.

—¿Se puede saber qué ha ocurrido, niña?

—No estoy para bromas, Juana. ¡No me digas nada!

—Pues sí que me voy a enterar, si no hablo yo ni hablas tú. Anda, cuéntame. ¿Nubes de verano en invierno?

—¡Si tú supieras!

—Lo voy a saber, porque veo que te dispones a consolarte en mí. No pude llegar más oportunamente.

—¡Si tú supieras, Juana!

—Habla de una vez, y déjate de lloros. ¿Qué se ha hecho de la mujer de hierro que tú eras?

—¡Lo sigo siendo! Pero es que hay unas cosas...

—Siempre hay cosas, hijita...

—¿No sabes lo que me ha dicho ese mal hombre?

—¿Mal hombre?

—¡Es un canalla, un hipócrita!

—Sí que tiene títulos...

—Me ha dicho... ¡Qué vergüenza!

—¡Ay, ay, ay! Me parece que adivino lo que te ha dicho.

—Me da rubor repetírtelo.

—Por mí no te hagas mala sangre, hija, que sé por dónde voy yo y por dónde van los hombres.

—Pues, figúrate... porque me invitó a cenar y me llevó al cine... porque gastó conmigo tres dólares escasos, ya creía... ¡qué sé yo!

—¡Lo que me figuraba! ¡Qué estúpido!
¡Ni a precio de saldo!

—¡Se creía, sin duda, que yo era una mujer fácil!

—Y, por lo visto, que regalabas tus favores, porque con lo que se ha gastado contigo, no hay ni para una barrita de carmín.

—¡Qué infamia!

—La vida tiene estas cosas, ¿ves? Yo me las sé de memoria, porque vivo más de prisa que tú.

—¡Y pensar que me había enamorado de él!... ¡Cómo odio a los hombres!

—Haz como yo, mujer: saca el mejor partido que puedas de la vida.

—En adelante los trataré sin piedad. Prometerles, todo lo que pidan; pero darles... ¡ni un sorbo de agua!

—Yo te acompañaré a todas las fiestas de mis amigos, y vas a hacer tal furor, que se van a ver obligados a poner guardias a la puerta.

—¡No estoy para bromas, Juana! ¡No te rías, mujer!

—¿Qué quieres que haga, hija?

—No sé... déjame... ¡Estoy tan sola!

Y Dora, la hermosa criatura, la que no había amado hasta que se cruzó en su camino Jaime, rompió a llorar. Su dignidad estaba herida, pero también su corazón, y estas heridas sólo las cura el que las produce.

Juana cesó de reírse. Comprendía a su amiga, a la que quería como a una hermana, y abrazándose a ella, trocó su buen humor en palabras de consuelo.

* * *

Dora había sido solicitada insistentemente por el modisto de una gran casa de modas, que la vió en los almacenes donde ella prestaba sus servicios en la sección de guantes, para ir a actuar de maniquí, con inmejorables condiciones, en su distinguido establecimiento.

Dora se había negado siempre, pero ahora, firme en su plan de vengarse en los hombres de la amargura que uno de ellos le había causado, despertando bruscamente su alma a la odiosa realidad de la vida, aceptó el empleo, y pocos días después, con su amiga Juana, a la que consiguió colocar en la nueva casa, debutaba como maniquí.

Los modelos sentaban maravillosamente a su cuerpo, también de maravilla, y era a ella a quien correspondía el honor de lucir las mejores *toilettes* de la casa.

Pronto supo Dora dominar su timidez, que la hacía aparecer un tanto ñoña, y todo en ella, hasta el menor detalle, parecía indicar que había sido maniquí desde que en

su casa la habían puesto a trabajar, y como era hermosa, de una belleza suave, y tenía cierto desparpajo que le sentaba a la perfección, causaba verdaderos estragos entre el sexo feo.

Cierta tarde, durante la sesión de exhibición de modelos, Dora observó que un caballero, Javier Stanton, la devoraba, así, tal como suena, con los ojos, no quitándose los de encima ni un momento.

Javier Stanton escalaba la cincuentena, pero se las traía como conquistador. Tenía mucho dinero y lo distribuía entre conquistas de muchachas que valían mucho, pero que se debatían en la nada, esperando al príncipe encantador que las librara del inmerecido servilismo en que vivían.

La señora Stanton era fea y muy gruñona, y esto justificaba, en parte, los devaneos del marido, que las prefería delgaditas y amables.

Javier se interesó extraordinariamente por Dora, y, cuando ésta desapareció del salón, acercóse al modisto y le sopló al oído unas palabras que le hicieron sonreír.

El modisto estaba acostumbrado a com-

placer a maridos insatisfechos, dando detalles de las hermosas modelos.

Hablaba poco, pero lo suficiente para que le comprendiesen.

—Por esta escalera, y, volviendo a la derecha, la primera puerta—dijo al caprichoso Javier Stanton.

Y éste, dándosela con queso a su esposa, siguió las instrucciones del modisto.

La modelo no había entrado aún en su cuarto. Había sido detenida por una dama, para examinar su vestido, y Stanton aprovechó la ocasión para colarse en el cuarto, donde la esperaba, librándose entretanto a una pequeña operación.

Dora llegó un poco después, cambiando algunas palabras, junto a la puerta, con Juana, que era muy feliz en su nuevo empleo.

Ajena a que en la habitación se hallaba Stanton, que suspendió la operación a que se había librado cuando sintió llegar a Dora, ésta empezó a desnudarse, y hallábase al descubierto uno de sus bellos hombros, cuando vió reflejado en el espejo al caballero que la estuvo mirando en el salón.

No se asustó. Era la primera aventura que

se le ofrecía, y si bien su primer impulso fué ponerse dramática, tomó la cosa con calma, y mirándole frente a frente, con aire superior, le dijo, indicándole la puerta:

—Se ha equivocado usted, señor.

—No lo crea. Yo sé siempre adónde voy.

—Por una vez se ha equivocado usted, ¡Cuando yo se lo digo!

—¿De veras? ¡Ay, qué gracia!

—¡Cuidado con las aproximaciones! Haga el favor de marcharse con viento fresco!

—¡Me gusta usted más que el champaña! ¡Y hay que ver lo que me gusta!

—Es una desgracia que tenga usted esposa, ¿verdad?

—Eso, entre amigos, no tiene importancia.

—¿Es usted, por casualidad, el catedrático de moral en la Universidad?

—Por ahí ando, pero por la parte de la salida.

—Ya se ve.

—Yo tengo mis teorías, y ya verá usted que no son malas según para quién, ¿se hace usted cargo?

—¿Se marcha usted o no?

—Si me marchó, me enfado yo; si no me marchó se enfada usted. Lo mejor es que me quede, y así todos quedamos contentos. ¿Ha visto usted qué bien?



—¿Se marcha usted o no?

—¿Quiere usted salir de mi cuarto, le he dicho, y no se lo voy a repetir más?

—Calma, ruiñón. Voy a salir, porque veo que no quiere que la vea desnudarse, pero, antes, tenga usted.

—¿Qué es esto?

—A la vista está: un sobre. Siga las instrucciones que van dentro y hallará usted la llave de la felicidad.

—Felicidad... ¿a precio de qué?

—Eso... una mujer inteligente como usted... no lo pregunta. Adiós, y hasta que usted mande, princesa.

Dora cerró la puerta bajo llave, y, malhumorada, porque aquel juego no le gustaba, rasgó el sobre y encontró dentro del mismo un contrato de inquilinato y la llave del piso alquilado.

—¡Qué hombres!—exclamó, arrojando al suelo el citado contrato y la llave... la llave de la felicidad, como había dado en llamarla el conquistador.

Juana la obligó, para ir a abrir la puerta, a levantarse del sofá donde se libraba a condenar la conducta de ciertos hombres, y decimos ciertos, por no decir de todos, porque ella hacía rarísimas excepciones; y al sorprenderla tan desasosegada, inquirió la causa.

—He visto a un tío que se las echa de Don Juan, a juzgar por sus andares, salir de aquí. ¿Te ha molestado?

—A mí ya no me molesta quien quiere, sino quien puede.

—Muy bien dicho, ¿Qué quería ese idiota?

—No hay que decirlo. Lo de todos.

—Convengamos en que enamorándose de ti no tiene mal gusto, pero lo tendrías tú si te enamorases de él.

—¡Dios me libre!

—Cuántame lo que te ha dicho.

—Mira, ahí lo tienes.

Y le mostró el contrato de inquilinato y la llave del piso, que yacían en el suelo.

Juana recogió ambas cosas, y al leer el contrato, no pudo menos de exclamar:

—¡Un piso, y el alquiler pagado! El caso merece meditarse, Dora.

—¡Déjame en paz! ¡Los hombres no tienen corazón!

—Si yo fuera tú... No se desprecia así como así un pisito elegante y los muebles en propiedad.

—Pero, ¿qué estás diciendo, Juana?

—No me comprendes... Él te ha cedido el piso y los muebles... En compensación, él debe querer lo que tú no estás dispuesta

a dar... Resumidas cuentas, él se quedará sin lo que quiere, y tú te quedas con lo que él te ofrece. Con ensayar, nada pierdes. Siempre estás a tiempo de retroceder.

—Pero...



—*Siempre estás a tiempo de retroceder.*

—Cuando la mujer no quiere una cosa, no hay de qué, este es mi lema.

—Sin embargo, no deja de ser un juego peligroso.

—¿Con qué derecho se ha permitido ese

hombre ofrecerte un piso? ¿Por quién te ha tomado?

—Tienes razón, Juana.

—Vengándote de él, estás en paz.

—¿Dices verdad! ¡Oh! ¡Poder burlar a un hombre!

Y Dora, completamente decidida a obrar, se trasladó, aceptándolo, al piso que le regalaba el conquistador Stanton. La acompañaba Juana.

El efecto que les causó el citado piso amueblado fué enorme. Los muebles eran riquísimos, y todo estaba dispuesto con mucho gusto. Se veía que Stanton sabía hacer las cosas bien, las cosas que él no hacía, claro, porque, lo demás...

Juana batió palmas y no pudo contener esta exclamación:

—¡Chica, aquí vamos a vivir como dos reinas!

Porque ella se quedaba a vivir allí desde aquel momento mismo para evitar que a Dora pudiese ocurrirle algo con el que le había regalado el piso.

Visitaron una por una todas las habitaciones y en todas encontraron el mismo

gusto. Aquello era una casa aristocrática, esta era la palabra más adecuada.

De pronto, cuando más absortas estaban en la contemplación de cuanto había en la casa, se oyó el timbre de la puerta.

Dora palideció. ¡El gran momento había llegado!

Juana confirmó la suposición de Dora, diciéndole:

—¡Ese viene a cobrarte el alquiler!

Sí, era Stanton. Acababa de comprobar que el piso estaba ocupado, es decir, que Dora había ido a vivir en él, y llegaba con un maletín, para hacerle compañía a Dora, unas horas diarias, y alguna que otra noche, cuando pudiese huir del hogar so pretexto de tener que salir de viaje.

Juana tuvo que recordar a Dora que debía saber ser un poco fuerte para no dejarse escapar la ganga de quedarse con el piso, y Dora, sacando fuerzas de flaqueza, se dirigió a abrir la puerta.

Juana quedóse en la habitación dormitorio, atenta al menor detalle que ocurriese en la inmediata, que era el salón.

Al abrir la puerta, Dora vió ante sí, son-

riente, a Stanton. Veíase en el rostro de éste la satisfacción que le causaba el comprobar que la hermosa modelo había aceptado su protección, que eso significaba el haber aceptado el piso.

Entró tranquilamente, como Pedro por su casa, después de saludar sonriente a Dora, y le dijo, al observar que ella contemplaba con extrañeza el maletín que se traía:

—Más tarde subirán mis baúles.

¡Cielos! ¿Habría decidido el conquistador mudarse a aquel piso, para amargar la existencia de Dora?

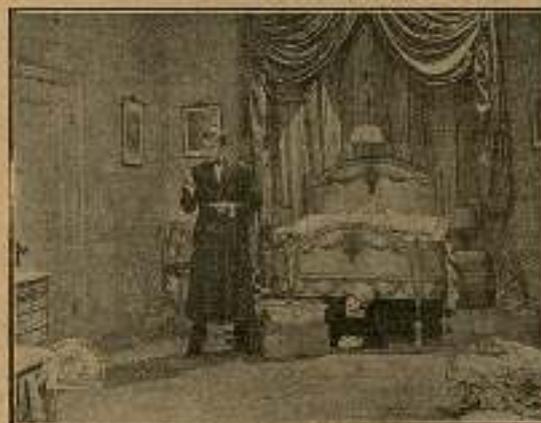
Conocedor del piso, Stanton dirigióse hacia el dormitorio, dejando a Dora en el salón, para quitarse la americana y ponerse un batín de seda, que llevaba en el maletín.

Juana, al oírle acercarse, metióse debajo del lecho, y desde el improvisado observatorio vió cómo Stanton se perfumaba la boca antes de ir a reunirse con Dora. ¡Qué fino era el viejo!

Stanton salió del dormitorio, llevando un paquete en la mano, y fué a dárselo a Do-

ra, que se estaba preguntando qué iba a ocurrir allí.

Y otra vez se apostó Juana detrás de la puerta, por si era necesario intervenir en defensa de su amiga.



¡Qué fino era el viejo!

Stanton dijo a Dora, entregándole el paquete que llevaba en la mano:

—Es un salto de cama muy lindo, pero ganará puesto en usted... ¿Por qué no se lo prueba?

Dora aceptó el regalo, pero negóse a que el propio Stanton la ayudase allí mismo a quitarse la ropa que llevaba puesta, para ponerse el salto de cama, yendo a hacerlo en el dormitorio, según pensó Stanton, cuando a lo que iba al cuarto Dora era a consultar el caso con Juana.

—Dice que me desnude y me ponga este salto de cama.

—Eso quisiera él, pero tú no saltas por nada ni por nadie, ¿estamos?

—¿Qué he de hacer?

—Muy sencillo: ponte el salto encima de la ropa que llevas y que has de procurar que no se te vea. Así, el viejo creerá que de debajo estás como viniste al mundo y se va a derretir de curiosidad.

—Pero...

—Duro, y a la cabeza, mujer.

—¿A la cabeza? ¿Le he de tirar algo?

—A la cabeza quiere decir adelante. Haz como los *boy-scouts*: "Siempre adelante".

Dora se dejó convencer. Era excelente la idea, y saldría del paso. Luego ya vería cómo desprenderse del viejo.

Stanton la esperaba impaciente. Dora sa-

lió del dormitorio luciendo el magnífico salto de cama, y el conquistador se refocilaba como un felino pensando... pensando... ¡figúrense ustedes en lo que estaba pensando!



—...ponte el salto de cama encima de la ropa que llevas...

Y es que el hombre será siempre eso: hombre. Y como hombre difiere poco de hambre, Stanton se mostró, sin preámbulo alguno, hambriento.

Dora tuvo que llamarle al orden.

—Las manos quietas... o me va usted a arrugar el salto.

—¡Qué importa un salto más o menos, reina!

Y volvió a la carga, muy cargante.

—Señor Stanton, usted me prometió que seríamos amigos.

—Exactamente, pero la amistad pide que los dos seamos tolerantes, benévolos... Todo lo que hay aquí es suyo... y muchas cosas más... si es usted amable.

—Un momento, haga el favor.

Dora se había envalentonado. Ante la desfachatez de aquel viejo, tomó agallas, y cogiendo el teléfono, pidió un número, al oír el cual a Stanton se le pusieron los pelos de punta.

—¡Pero ese es *mi* número!—gritó a Dora.

—Claro está—repuso Dora—. Voy a preguntar a su esposa si debo ser amable con usted.

—¿Qué? ¡No pregunte a mi mujer, por lo que más quiera! ¡Es muy corta de alcances y no lo comprendería!

—Ya le dije a usted que se había equivocado conmigo.

—¡Por favor, no haga tonterías! Si me he equivocado, y lo reconozco, estoy dispuesto a subsanar mi equivocación. Me marchó. ¡Guarde el piso, guarde los muebles... ¡guarde el secreto! ¡Hasta nunca!

Y recogiendo sus cosas, teniendo Juana que ocultarse precipitadamente, huyó de aquel piso, que quedaba propiedad absoluta de Dora, como alma que lleva el diablo.

Juana, saltando de alegría, salió de su escondite, y, abrazando a mi amiga, exclamó:

—¡Has estado formidable, Dora! ¡Esto marcha!

Pero ella repuso, tristemente:

—Esto marcha, sí... ¡Pero me parece una trapacería vergonzosa, una estafa!

—Te vengaste, y nada más. Donde les dan, las toman.

Y se quedaron en el piso, seguras de que jamás Stanton se atrevería a poner los pies en él.

Gato escaldado...

* * *

Y siguió la vida.

Un mes después, Dora conoció a otro hombre que se proponía conquistarla, pero éste era joven y apuesto.

El aludido había acompañado hasta la casa de modas a una dama que adquirió un sombrero. El quedó en el auto, pero, fijándose en un precioso manto de armiño que vió en el escaparate, entró en la tienda para adquirirlo, cruzándose, sin verse, pues ella salió por otra puerta, con la dama que él acompañaba y que regresaba al coche.

Dicha dama le esperó a su vez en el auto, y en tanto, el joven se hizo mostrar por el modisto el manto en cuestión.

La prenda le interesaba, y el modisto, para asegurar la venta, ordenó a su secretaria que llamase a Dora, la mejor modelo de la casa, para que se probase el manto, a fin de que el comprador se percatase de lo lujoso que era lucido por una bella mujer.

Y sucedió que el joven, Roberto Crane,

se fijó más en la modelo que en el manto, y que cerró el trato inmediatamente.

Dora se reintegró a su puesto, en espera de nuevas llamadas, y Roberto la siguió



... se hizo mostrar por el modisto el manto en cuestión.

con la mirada hasta que hubo desaparecido.

¡Qué criatura más divina!, pensó; y resuelto a probar fortuna con ella, le puso unas rayas en una tarjeta, sorprendiéndole en esta operación la dama que había sido

acompañada por él hasta la puerta de la casa de modas y que, cansada de esperar, iba a recogerlo.

Dora, que, con Juana, contemplaba a Roberto, encontrándolo muy interesante, recibió un nuevo desencanto al considerar que también era casado. ¡Qué lástima!

La dama dirigió cariñosos reproches al joven, y se lo llevó de la tienda, no sin antes haber dejado Roberto en manos del modisto, para Dora, la tarjeta aquella, que decía:

Mi saludo cordial, con la esperanza de volver a verla.

Roberto Crane.

Y aquella tarde, el simpático joven esperó a Dora a la puerta de la casa de modas, y, muy galante, la invitó a subir a su coche, para acompañarla hasta su casa.

Ella hizo algunos remilgos antes de aceptar, pero, finalmente, dejóse convencer, no pudiendo resistir a la tentación de ver cómo terminaba aquella aventura con aquel caballero que parecía distinto de los otros.

En el coche de Roberto había un perro que tenía malas pulgas para los que no eran conocidos. Prueba de ello fué que, no respetando la belleza de Dora, la tomó con la piel que rodeaba su cuello, destrozándosela, ante cuya calamidad dijo Roberto a la bella:

—Mañana quedará reparada la avería... pero usted viene esta noche a cenar conmigo.

—Si usted mismo lo asegura...

—¿Se negará usted a hacerme el hombre más afortunado del mundo?

—No me fio de los hombres...

—¿Ni de mí tampoco?

—¿No es usted como los demás?

—¡No! Yo soy el único para usted, como usted la única para mí. Hagámonos esta ilusión.

—No me parece mal. ¡Se vive tan bien con ilusiones!

Y fueron a cenar en el más lujoso restaurante de la ciudad.

Y, sin poderlo remediar, Dora recordó la cena con Jaime, más modesta, pero rodeada del mismo encanto que la de Roberto.

Después de cenar, fueron también al teatro, y al salir del espectáculo, Roberto la acompañó a su casa deteniéndose, como Jaime, al pie del portal de la misma, para entrar luego en la escalera, y subir después hasta el piso, parándose a la puerta del mismo, exactamente igual que Jaime. Roberto abrió asimismo la puerta del piso, y cuando Dora pensaba que también iba a entrar, para, una vez en el interior, reclamar algo, en pago de sus obsequiosidades, vió, con infinita alegría, que Roberto se despedía, besándole gentilmente la mano.

¡Oh! No era como los otros, sino todo un caballero. Y, sin poderlo evitar, Dora pensó en Roberto antes de dormirse y a la mañana siguiente su primer pensamiento fué para él.

Aquel día era festivo. Juana había reunido en su casa a sus amistades por la noche, y se bailaba por todo lo alto.

Roberto, consecuente con su promesa de ir a reparar el daño causado por su perro el día anterior, presentóse en la casa cuando la fiesta estaba en su momento álgido, y

Dora le recibió cariñosamente, recordando sus atenciones de la víspera.

—Mi perro le envía esto y espera que usted nos perdonará—dijo Roberto a Dora, al entregarle una caja, que contenía una valiosa piel.



... vió, con infinita alegría, que Roberto se despedía...

Dora agradeció el obsequio, y Juana, al ver lo bonito que era, exclamó, provocando la risa de todos:

—¡Bien podía su perro mordirme a mí algo!

Roberto no era partidario del bullicio. Le gustaba divertirse solo. Le molestaba la compañía de gente que no tenía sus ideas.

Dora estaba a su lado, y Roberto no pudo menos de decirle:

—Esperaba pasar un rato sosegado en compañía de usted, y por lo que veo...

Juana comprendió, y, para complacer al joven, se ingenió de modo y manera que los invitados abandonasen la casa en un abrir y cerrar de ojos, consiguiéndolo al recordarles que era muy tarde y debían marcharse, si querían llegar a tiempo de ver la función de moda para la cual habían adquirido antes localidades.

Roberto, mientras Dora y su amiga despedían a los invitados, vió en el suelo un papel. Lo recogió, y al leerlo frunció el ceño. Era la nota del sueldo cobrado el día anterior, sábado, por Dora. La nota indicaba cuarenta dólares, y Roberto, al contemplar la suntuosidad del piso, pensó lo peor que podía pensar de Dora: que al-

guien le costeaba el piso. Se lo había figurado.

Y cuando Dora quedó sola con él, mientras Juana se desnudaba en el dormitorio, Roberto, dando rienda suelta a su capri-



... abrazó a su nueva amiguita.

cho, abrazó a su nueva amiguita, y, antes de que ella pudiera evitarlo, la besó.

—¡Qué dulcemente engañadora es usted! —le murmuró Roberto, besándola tantas veces como quiso, a la fuerza.

—¿Qué quiere decirme con eso? — preguntó ella, rechazándolo.

—Para comedia, ya está bien. No pretenderá usted convencerme de que son los primeros que recibe.

Al fin consiguió Dora librarse del falso caballero, es decir, perdón, del hombre que se dejaba convencer por las apariencias, y cogiendo el teléfono, pidió el número de la casa de Roberto.

Este, sin inmutarse, dijo:

—Píde usted el número de mi teléfono.

—Naturalmente.

Y acto seguido:

—¿Está la señora Crane?

—Soy yo misma. ¿Qué desea?

—¿Tendría usted la bondad de venir a mi casa para llevarse a su marido?

Roberto asistía a la escena sin pestañear.

—Yo no tengo marido, por desgracia. Hace diez años que enviudé—contestó la dama.

¿Qué significaba aquello?

Dora colgó nerviosamente el aparato, y Roberto, riéndose, le dijo:

—¿De modo que usted tomó a mi madre

por mi mujer? ¡Vaya, vaya! Puesto que usted aceptó mis atenciones creyéndome casado, sigamos adelante.

—¡Le odio! ¡Salga usted de aquí!

—Nada de eso. Aun no ha empezado usted a conocerme, y quiero que me conozca bien. ¡Bonito juego se trae usted!

—¿Sale usted o no?

—No. ¿Cree usted que voy a consentir que se aburra en esta soledad?

—Ya que usted no quiere irse, me iré yo. Y, humillada, salió de su casa.

Llovía. Los invitados habíanse resistido, antes, a marcharse, pero Juana les obligó a salir, diciéndoles que alquilasen coches para ir al teatro.

Sin rumbo fijo, Dora se lanzó a la calle, bajo la lluvia, y apenas se apartaba de su casa, se tropezó con un hombre que se la quedó mirando con asombro.

Dora le miró a su vez con incalculable sorpresa, y, a un tiempo mismo, oyéronse estos dos nombres:

—¡Dora!

—¡Jaime!

Jaime estaba calado hasta los huesos y

tosía.

—¿Estás enfermo? — preguntóle Dora, apenas al verle tan cambiado.

—He sufrido mucho, Dora, aunque no quicras creerme.

—Ven... Nos estamos poniendo perdidos, y tú estás chorreando... Pero, ¿qué hacías aquí?

—Acabo de salir del hospital. Un día que te vi con tu amiga, intenté abordarte, y al cruzar precipitadamente el arroyo, me alcanzó un coche.

—¿Y no me avisaste? Ven, por Dios, ven...

Estaba arrepentida. Al conocer a los hombres llegó al convencimiento de que aquella noche Jaime dejóse llevar de un impulso del que él no era, en cierto modo, responsable, y era más disculpable que en otros, porque, al menos, la amaba hasta el delirio.

La lección que la vida acababa de infligirle, haciéndole comprender que es imposible apartarse de la senda recta, porque las apariencias condenan sin remedio, hacía la propensa al perdón; y aunque sólo fuera

por el recuerdo de lo mucho que ella amó también a Jaime, se lo llevó a su casa, de la que acababa de salir Roberto, extrañado de la conducta de la hermosa mujer que tenía un piso tan lujoso y ganaba tan poco.

Juana protestó al ver a Jaime en la casa, y pretendía negarse a cederle su cama, pero Dora se lo suplicó tan lastimeramente, que accedió a dormir aquella noche con su amiga, dejando libre su lecho para el infeliz enfermo.

Y aquella noche, Dora meditó mucho, mucho...

Y al día siguiente, Roberto, que había asimismo reflexionado, presentóse en su casa para pedirle excusas por la forma en que la trató el día anterior. Estaba seguro de que ella era una mujer honesta, y su mayor deseo era continuar tratándola, con esperanzas de unión.

Pero mientras ellos hablaban, disculpándose mutuamente, presentóse Jaime en el saloncito donde se hallaban. Iba cubierto con el batín que dejara Stanton. Acababa de levantarse del lecho.

Roberto, al verle, dirigió sus miradas, se-

veras, hirientes, a Dora y a él, alternativamente, y, dando nuevamente crédito a las apariencias, ofendió a Dora de esta suerte:

—¡Y es a usted a quien yo vine a presentar excusas!



—¿Adónde vas?

Dió un portazo al salir.

Jaime, indignado, hizo ademán de ir en seguimiento del ofensor, pero Dora le detuvo.

—¡Jaime!

—Déjame, Dora.

—¿Adónde vas?

—Voy a explicarle la verdad, a hacerle comprender...

Dora le miró de frente, como otras veces le mirara, y contestó:

—¿Qué vas a hacerle comprender? ¿Que es a ti y no a él a quien amo?

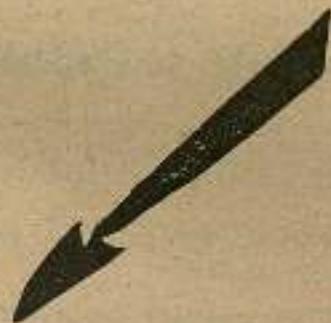
—¡Dora! ¿Es cierto lo que me dices? ¡Ah! ¿Qué loco fui!

—Nada podemos echarnos en cara, Jaime... Yo he sido más loca que tú... ¡mucho más!

Y se abrazaron, llorando de felicidad.

F I N

Acaba de aparecer
en las selectas *Ediciones Especiales* de
La Novela Semanal Cinematográfica
la deliciosa novela



MISTER WU

Genial creación de
Lon Chaney y Renée Adorée

**Gran éxito de la nueva colección
de novelas cinematográficas**

La Novela Americana Cinematográfica

Inmejorables asuntos. Buen texto.
Ilustraciones fotográficas. Regalo
de postales de los más populares
artistas. Portadas a color.

Precio: 30 céntimos



MAÑANA APARECERÁ el número 2, titulado:

Hay que ser insinuantes
por Patsy Ruth Miller



La mejor novela sentimental

La Novela de la Modistilla

Publicación semanal

Números publicados:

¡Y supo defender su amor!
El despertador

El martes próximo:

La Reina de las Modistillas

Abundante y amena lectura - Artísticas portadas

Precio: 30 céntimos



EXCLUSIVA DE VENTA
PARA ESPAÑA

**SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA de LIBRERIA,
DIARIOS, REVISTAS y PUBLICACIONES, S. A.**



BARCELONA: Barbará, 16

MADRID: Caños, 1

E. B.

16